

APROXIMACION A LA VIDA Y OBRA DE MEDICOS DEL HOSPITAL (4)
(Médicos que ingresaron, por oposición, en el año 1873)

1.- Carlos María Cortezo (4)

D. Gregorio Marañón ha dejado escrito *“que todo el progreso se apoya en postulados de comprensión, de generosidad, de tolerancia, que son y serán siempre los mismos; y esto es humanismo (...). Nuestra patria necesita de este humanismo como necesita la tierra seca el agua (...). El humanismo es mucho más gesto y conducta, que en su sentido estricto, saber(...). Un hombre ciencia que solo es hombre ciencia, como un profesional que sólo conoce su profesión, puede ser infinitamente útil en su disciplina; pero ¡cuidado con él! Si no tiene ideas generales, más allá de esa su disciplina se convertirá irremisiblemente en un monstruo de engreimiento y susceptibilidad. Creerá que su obra es el centro del universo y perderá el contacto generoso con la verdad ajena (...). He aquí porque, a la larga, la mente humanista, aunque parece dispersa, tiene mayor capacidad de penetración que la mente radicalmente especialista.”*



Se puede afirmar que el Dr. Cortezo, de reconocida inteligencia y sensibilidad fue un médico humanista. Su actitud ante los acontecimiento de cada día, aficiones y realizaciones que conocemos, fundamentalmente, a través de su obra escrita son buena prueba de ello.

En anteriores capítulos de *Tiempo de Ayer* he trazado una breve biografía del mismo tratando de destacar la labor médica, sanitaria y su relación con el Hospital de la Princesa. No sería completa esta biografía si no anotamos datos sobre su vida y actividades que desarrolló al margen de la profesión. El mismo Cortezo, de modo íntimo y sencillo menciona muchas vivencias en el pequeño libro de memorias que tituló “Paseos de un Solitario”, que quiero sea guía para la redacción este trabajo.

Los primeros capítulos los dedica a recuerdos infantiles, de juventud, andanzas por “los madriles”, el ambiente estudiantil, comentarios sobre políticos y a las tertulias que, con compañeros de clase y amigos, tenía en los “cafés”. Tras describir la “filosofía” de éstos “cafés” relata la historia, ubicación, principales asistentes (políticos, artistas o literatos) e incluso decoración de los más representativos (Imperial, Iris, Iberia, Suizo y otros). Se detiene especialmente en “el Oriental” (en la esquina de Preciados con Tetuán), lugar de sus primeras tertulias: *“Fue núcleo de nuestra reunión la juventud coetánea que terminó el Bachillerato en el Colegio de San José, por los años 1863 y 1864, y por esta razón la formamos los hermanos Adaro (Eduardo y Luís) con Ramón Gómez Pamo, el que esto escribe (Cortezo) y los hermanos Villaverde (Enrique y Raimundo) (...) grupo que sería reforzado por estudiantes de Derecho: Gonzalo Calvo Asensio (hijo del gran tribuno, revolucionario y fundador del periódico La Iberia) que sería diputado en Cortes, Rodríguez Gallinar, Miguel Echegaray”* y otros. Eduardo Adaro fue el arquitecto del Banco de España y del edificio del Banco Hispano Americano de la calle Alcalá, Ramón Gómez Pamo (hermano menor del que fue médico del Hospital de la Princesa) llegó a ser Catedrático de la Facultad de Farmacia y Rector de la Universidad de Madrid. Relata más adelante la trayectoria política de los hermanos Enrique, y en especial, de Raimundo Fernández de Villaverde, y la actividad teatral de Miguel Echegaray que estrenó comedias en el Teatro Español cuando tenía quince años siendo inolvidables obras suyas: “Cara y Cruz”, “El dúo de la Africana”, “La viejecita”, “Gigantes y Cabezudos”. Más adelante escribe *“Aumentó la reunión con el andar de los tiempos y cuando se trasladó definitivamente al café Fornos”* (ubicado en la esquina de Alcalá con Peligros) *se incorporaron médicos: elementos tan valiosos como José Ustáriz, Luís Simarro, Gustavo Morales Díaz, Alejandro Sanmartín, Antonio Morales, Pulido y otros jóvenes”*: Siendo muchos de éstos compañeros de trabajo del Hospital de la Princesa. Y continúa: *“El problema que afectaba a uno de los nuestros afectaba a todos los demás y, sin ponernos de acuerdo, lo mismo asistían Calvo Asensio y Echegaray a las oposiciones de ingreso para el Hospital de la Princesa que practicábamos Ustáriz y yo, que concurríamos nosotros a los debates de la Academia de Jurisprudencia y Legislación cuando en ellos combatían Calvo Asensio, Villaverde o Echegaray con Balbín de Unquera, Silvela (Don Francisco) o Nocedal (D. Ramón)”. Y termina este capítulo así: “¿Existen hoy cosas comparables a aquella amena reunión, que fue semillero de tantas personalidades notables?. No lo sé. Me figuro que, en una u otra forma, el espíritu juvenil progresivo encontrará pasatiempos solaces fecundos, y se abrirá camino para continuar, con más o menos dificultades, la historia de nuestra patria hoy tan desventurada”*.

En este capítulo la fina sensibilidad, diríase que la poesía de Cortezo, queda reflejada en la anécdota que tuvo con su amigo y arquitecto Luís Adaro, ya muy enfermo, al que Cortezo asistía: *“Al entrar yo una mañana a visitar a mi pobre amigo, encuentre en la cama cubierto de sudor, febril, y apenas cohibida la última de sus hemorragias. Después de las preguntas necesarias, él, cogiéndome una mano me dijo: -Mira Carlos, hoy colocan la bandera en el nuevo Banco; desde que salió de los cimientos no he podido ir a ver mi obra; sé que me voy a morir. Pero quiero hoy ver la bandera colocada. No contesté una palabra; pedí a su esposa la*

ropa para vestirle y apoyándose en mi brazo, le bajé la escalera, le metí en mi coche y le conduje delante del soñado edificio. Bajó a duras penas y al mirar su obra desde el candelabro que frente a la puerta principal se erige, ni él ni yo pudimos contenernos y rompimos en copioso llanto, como el que ahora anuda mi garganta”.

En capítulos de este libro de memorias (de 315 páginas, editado en 1923, y posiblemente escrito cuando Cortezo superara la edad de setenta años) nos describe su amistad de primeros años de juventud con Federico Chueca, “*feliz continuador de Barbieri*”, recordando su primera composición musical: “El Prisionero” a la que siguieron entre otras “La Gran Vía”, “Cádiz”, “Agua, azucarillos y aguardiente” y “La alegría de la Huerta”. Y que asistía con frecuencia al Liceo Piquer, que era “*un teatrillo minúsculo*” para unos doscientos espectadores, establecido por el escultor José Piquer en su domicilio de la calle Leganitos 32 y 34 siendo durante unos años punto de encuentro de músicos, pintores, poetas, literatos, autores y actores de obras teatrales. Allí, nos refiere Cortezo, que aparte de asistir a la representación de óperas (cita concretamente “*Norma*” y “*La Favorita*”) participaba de su ambiente cultural y conoció a poetas como Manuel del Palacio, Antonio Grilo y otros. Ya por entonces (1860-1870) debió Cortezo iniciar su afición literaria y en especial a la poesía.

Son pocos los capítulos en los que no menciona por algún motivo su querido Hospital de la Princesa. No en vano pasó allí sus primeros años de vida profesional. Para relatarnos como conoció al insigne poeta Ramón de Campoamor nos dice: “*Era fines de verano de 1875; Campoamor ejercía el puesto, entonces muy importante de Director de Beneficencia, Sanidad y Establecimientos Penales. Yo llevaba ya dos años de médico del Hospital de la Princesa. Cuyas clínicas habían adquirido gran reputación en Madrid por la actividad entusiasta que a ellas habíamos llevado Ustáriz, Salazar, Antonio Morales y yo. La organización del Hospital, que la revolución había reducido a límites inverosímiles de economía, nos obligaba a los médicos de número a turnar en el servicio de guardia*”. En posteriores párrafos refiere que fue requerido, estando de guardia, por Campoamor para asistir a una sobrinita del mismo: Se trataba de extraer una horquilla de la fosa nasal. Aprovecha para decirnos que acudió al domicilio de Campoamor, en la calle Pelayo, con instrumental procedente del arsenal del hospital, “*bien provisto, por la generosidad del duque de Riansares, que lo regaló al fundarse el Hospital*”. Y más adelante “*(...) Extraje la horquilla sin la menor dificultad y con asombro injustificado de todos. No hay que decir lo que entonces Campoamor dijo e hizo conmigo. Desde aquel momento su protección y amistad no me faltaron en ocasión alguna, y yo fui para él no tanto el médico como el amigo y consultor en los asuntos de Beneficencia y Sanidad y el oyente primero de sus nuevos versos, de los cuales me dedicó algún pequeño poema*”. Las conversaciones con Campoamor referente temas poéticos son curiosas e interesantes. Se inició una amistad que estaría, además, sellada por aficiones literarias siendo Campoamor, sin duda, el primer oyente de poemas de Cortezo, alguno de ellos, publicado en este libro de memorias. Si, inicialmente esta inclinación de Cortezo hacia la poesía solo era conocida por amistades íntimas, años más adelante no las oculta y hasta se jacta de ello. Puede ser una muestra lo sucedido en el despacho del Ministerio de Bellas Artes (cargo de ministro que Cortezo ocupó tan sólo tres meses al ser nombrado para ello por su amigo de la infancia Raimundo Fernández de Villaverde). Tras jurar este cargo “*entré en mi despacho oficial, y al mirar los cuadros que le adornaban, ví frente a mi mesa un hermoso almendro, obra de Agustín Lhardy, que ya me era conocido por haberlo visto premiado en una Exposición. En el momento, por asociación de ideas, acudí a mi memoria la siguiente hermosa composición de Manuel del Palacio, que mandé colocar debajo del cuadro de Lhardy: Bajo un almendro*

florido,/símbolo de la niñez,/ dulcemente y al oído, hablamos, dueño querido, de amor, la primera vez./ Hoy los años han corrido,/y en mi cansada vejez/ dice una voz a mi oído;/ ¡Quién estuviera otra vez / bajo el almendro florido!” En párrafos posteriores, Cortezo refiere que intuyó que este cargo le iba a durar poco y tuvo el carácter de “*los dineros del sacristán*” explicando los motivos . Tres meses más tarde cuándo acudió al ministerio para “*recoger sus papeles*” tuvo la visita de un compañero suyo, médico, Eloy Bejarano que le encontró atareado: Estaba rematando los últimos detalles de un soneto que dedicó “*A la Colegiata de Santillana*” que había visitado días antes y que incluye en estas memorias.

Debemos anotar que en esta breve estancia de Cortezo como ministro de Bellas Artes fue cuando **se publicó el Real Decreto** (8 de mayo de 1905) **para la instalación en la Plaza de España de Madrid del monumento a Cervantes** (también llamado monumento a la Lengua castellana).

Aprovecho para decir que Cortezo también fue quien **auspició**, años más tarde, **la construcción del actual edificio que alberga a la Real Academia de Medicina en la calle Arrieta**, y que celebró su centenario el pasado año.

Dedica varios capítulos posteriores a sus aficiones musicales indicándonos que acudía a conciertos en el “templete” del Retiro y otras veces acudiendo a recitales de orquesta y representaciones de ópera en el Teatro Real donde pudo conocer a protagonistas reconocidos, citando, entre ellos, a la madrileña (por casualidad) Adelina Patti y Julián Gayarre. No se olvida de decirnos que tuvo conocimiento, por vez primera, de Gayarre en la tertulia del Café Fornos: “*Allá por el año 1876 asistía a nuestra mesa (...) un joven médico, que había hecho sus estudios en Alemania e Italia; llamábase Pedro Alejandro Auber; ganó, por oposición una plaza del Hospital de la Princesa (...) muy aficionado a la música que acudía con frecuencia al teatro Real (...) y nos decía que había oído debutar en la Scala de Milán a un tenor español que aseguran en Milán que no han oído otro; se llama Gayarre*”. Algún tiempo más tarde Cortezo supo que Gayarre iba ser protagonista en la representación de la ópera “La Favorita” en el Teatro Real. Ese día tenía guardia en el hospital pero consiguió que un compañero le realizara unas horas para poder asistir a la representación. Quién iba a decir que años más tarde (1890) sería Cortezo el médico que le asistió en su última enfermedad: una gripe. Como hecho de cierta trascendencia, Cortezo, obtuvo de la familia, tras el fallecimiento, permiso para conservar la laringe de este tenor “*que tantos y altos triunfos había obtenido*”. En ello también colaboraron los doctores Samartín y Gimeno. Actualmente esta histórica pieza se encuentra en el Museo del Teatro de Almagro (Ciudad Real).

Dedica dos capítulos a su amistad con Emilio Castelar, dos a Ramón de Campoamor, dos a Emilia Pardo Bazán y otros al poeta Ruiz Aguilera y escritores más o menos conocidos. Hace mención, aunque con cierto laconismo, a su paso por el **Ateneo de Madrid** del que fue nombrado Socio de Honor en 1914 y más tarde vicepresidente primero, actuando como presidente efectivo en 1917 (tras la larga enfermedad de Rafael Labra). También relata en varias páginas la asistencia médica prestada a la joven poeta Blanca de Gassó Ortiz **en el Hospital de la Princesa**.

Estos breves recuerdos ya nos muestran como era su carácter.

Son muchísimos los libros, ensayos, monografías y artículos que tratan la de la vida de Cortezo, como numerosos son los que se pueden leer en casa con la tecnología informática actual. Es ello motivo para no alargar más estas líneas. **Quien fue su alumno en el Hospital de**

la Princesa, Alcalde de Madrid y periodista José Francos Rodríguez tiene varios artículos dedicados a Cortezo siendo párrafos de los mismos los siguientes:

“Pues, así, el Dr. Cortezo, que después de haber sido profesor de Medicina, médico predilecto de las más altas clases de la sociedad, diputado, senador, alto funcionario, presidente de cien Sociedades y Academias, ministro, cuanto ansia el vanidoso afán humano, parece un estudiante, porque siempre surge de su cerebro una idea juvenil y palpita con su corazón un sentimiento generoso. Tiene las ilusiones de los muchachos; los santos amores por el ideal que guían a la juventud; las inquietudes y el desinterés de los que empiezan a vivir”.

“(…) hinchose las manos de aplaudir, en millares de ocasiones, á Tamberlick; era de los que se extasiaban con la Ortolani: iba á los toros por ver capear á Cayetano Sanz y dar estocadas al Tato(....) ; aún conoció á Martínez de la Rosa y pudo admirarse con la célebre naturalidad de Julián Romea; oyó á la Patti cuando era una espiritual niña y artista incomparable; escucho los primeros discursos de Castelar, de Martos y de Moret; encontró á Zorrilla en la plenitud de inspiración y á García Gutiérrez, Ayala y Tamayo en la cumbre de la fama; fue á las aulas con capa y sombrero de copa como era de uso y al igual de todos los chicos de su época tenía las esperanzas puestas en los arrestos de Prim y en el predominio de la democracia. Pero ni el asistir al Teatro Real ó al del Príncipe, ni el leer periódicos y discutir acaloradamente en la mesa del café, lo servía de pretexto para dejar ociosos los libros y vacía de cosas útiles la mente.”

“(…) De la vida del doctor se pueden decir muchas cosas, porque lleva cuarenta años de interesarse activamente en el movimiento intelectual de España: de hablar en cátedras y tribunas, de escribir en revistas y periódicos, de tratar íntimamente á los hombres más prestigiosos del país. Fue grande amigo de Castelar, de Sagasta, de Silvela, de Villaverde; lo es de Maura, del Conde de Romanones, de García Prieto, de Cierva. Ha gozado de grandes satisfacciones y ha sentido grandes penas.”

“Cortezo es extraordinariamente corto de vista; para consultar fue Cortezo á Alemania. Allí le sorprendió la guerra (...) tras mil peripecias entró en España sin la salud que apetecía, y aún sigue su ánimo sereno, apacible, tranquilo, con la fortaleza quo Dios concede á los buenos y con la lucidez que otorga á sus elegidos.”

“(…) pero ante todo y sobre todo Cortezo es español de pura cepa y además madrileño de los barrios castizos; del rincón del donaire y de la gracia, donde con una palabra oportuna, hacen un retrato, con un dicho ingenioso definen a un caballero encubierto y con una salida desenvuelta destruyen a cualquier pedante o tonto, que para el caso es lo mismo.”.

VII

Cortezo en la Real Academia de la Lengua

En diciembre de 1917, D. Antonio Maura solicitó autorización de Cortezo para proponerle como sucesor del arabista D. Francisco Codera, en la Real Academia Española de la Lengua. Ni una sola gestión realizó Cortezo para ingresar, y fue votado por unanimidad académica el día 10 de enero de 1918. A los cinco meses de ser elegido, el domingo 9 de junio, leyó su discurso sobre un tema que relaciona medicina y literatura titulado, con el no corto nombre de: *“¿Por qué siendo la Medicina una noble aspiración al bienestar humano, al*

remedio del dolor y a la prolongación de la vida, la literatura y el arte se han encarnizado en satirizarla?”. Estuvo presidido el acto por el Presidente del Gobierno. El discurso recoge una bien lograda recopilación de textos literarios que censuran con ironía y acritud a la profesión médica haciéndolo muchas veces de forma humorística. Selecciona y aporta párrafos de autores de la edad antigua (sobre todo de Grecia y Roma) para más adelante hacerlo con otros literatos (fundamentalmente de la lengua castellana y desde el Romancero). Tras mostrar la prosa, fábula o poema satírico, Cortezo, realiza acertados comentarios personales (sobre el léxico, contexto histórico, medicina popular, etc.). Es uno de los párrafos finales: *“Los que denigran a la Medicina y siembran y propalan la desconfianza y el escepticismo en ella, cometen, aparte de todo, una mala acción, de la que seguramente no se dan cuenta, arrastrados por el deseo del lucimiento de la ingeniosidad y sedientos de la fácil aprobación del chiste y la opinión de espíritus fuertes. La mala acción consiste en hacer perder una fe sin sustituirla por una certidumbre, poniendo frente a la aflicción del sufrimiento, la desesperanza de la curación. Si los que tal hacen se pararan a reflexionar y fuesen capaces de comprender todo lo que representa una esperanza, aun en un desahucio irremediable; si hubiesen aprendido en una larga práctica o dado crédito a los que la tienen, todo lo que el estado moral ayuda al restablecimiento del equilibrio curativo, y hubiesen visto que en muchas, muchas veces, basta una frase confiada del facultativo para hacer desaparecer realmente un sufrimiento o la serenidad de su conducta para llevar a buen término lo que la Naturaleza ha de hacer mejor, ¡ah! entonces, tengo la certeza de que el detractor y el crítico ligero e inconsciente renunciaría a serlo para no calificarse él mismo de malvado.”*

VIII

Cortezo en la intimidad. En el ocaso de la vida. Otra vez los huérfanos del Patronato

En “Paseos de un Solitario” describe Cortezo el ambiente familiar durante su infancia que ya hemos relatado al comienzo de estos escritos. Del libro, que sobre Cortezo escribió el Dr. J. Álvarez Sierra tomo estos apuntes: *“Los padres del Dr. Cortezo gozaban en Madrid de una situación modesta y desahogada. Su padre D. Víctor Vicente María, hombre de exquisita educación y cultura, gran aficionado a las letras, con predilección por los clásicos griegos y latinos (...) siendo la madre de extraordinario talento”*. Era el menor de cuatro hermanos. La felicidad en el núcleo familiar *“no fue duradera pues pronto se vieron entristecidos por el fallecimiento del padre”* y su madre, para el mantenimiento de la familia *“fundó una fábrica de flores en un local de la plaza de Tirso de Molina”*. También Álvarez Sierra nos refiere su primer trabajo como médico y que el propio Cortezo no menciona en su libro de memorias. Si lo relata, incluyendo múltiples detalles, en una conferencia que pronunció en 1924. Tras acabar la licenciatura de medicina el 31 de mayo de 1870 (el doctorado lo finalizó con fecha 18 de diciembre de ése mismo año) fue nombrado supernumerario interino de la Casa de Socorro del distrito cuarto (hoy llamado de La Latina) por motivo de carencia de personal médico para atender el Centro y con una remuneración que no pasaba de los quince duros mensuales. Durante el tiempo que desempeñó este puesto refiere que atendió, por epidemia, a numerosos enfermos de sarampión y viruela.

Contrajo matrimonio con Ascensión Collantes Villar y tuvo, según refiere Francos Rodríguez, trece hijos. Llegaron a edad adulta nueve de ellos. Su esposa promocionó obras benéficas y participaba junto a Cortezo en iniciativas encaminadas al bienestar social.

Puede ser posible que el carácter y forma de ser del Dr. Cortezo estuviera condicionado por una miopía pronunciada que le obligó a llevar cristales muy gruesos desde su juventud y que se complicó años más tarde con la aparición de cataratas. Estos procesos eran atendidos por el eminente oftalmólogo alemán Prof. Krupmann siendo atendido en los frecuentes viajes de Cortezo a Berlín. A finales de julio de 1914 se le practicó una iridectomía que sería preparatoria para la extracción del cristalino del ojo izquierdo: pero al sorprenderle la guerra tuvo que regresar a España. Con relación a este proceso, en el año 1916, se hizo operar en Madrid por el célebre oftalmólogo catalán Dr. Barraquer, si bien posteriormente Cortezo viajaría a Barcelona para completar convalecencia. El resultado no fue el esperado, siendo consecuencia la pérdida de visión de dicho ojo que tuvo que ser enucleado. Ante este fracaso no consintió después ser operado del ojo derecho por temor a que se repitiera el fatal resultado. Quedo prácticamente ciego retirándose del ejercicio activo de la profesión, si bien continuaría con sus actividades periodísticas, institucionales y literarias. Por cierto, realizó en ésta época varios viajes por distintas provincias españolas dando a conocer en instituciones médicas el alcance del proyecto de fundación del “Colegio Príncipe de Asturias” para huérfanos de médicos: Constando que en Salamanca fue elogiado por D. Miguel de Unamuno.

Como no podía leer, Cortezo, se valió de un grupo de leales amanuenses, chicos que él había protegido y formado desde temprana edad, que le leían y acompañaban en sus frecuentes paseos por el Retiro. Entre ellos los tres hermanos García Sicilia y Marcelino Pastor Baeza. Este último, al que Cortezo ayudó hasta completar los estudios de Magisterio, escribió en 1976 una gran biografía “íntima” sobre Cortezo.

Para profundizar más en la psicología y cualidades del Dr. Cortezo paso a reseñar varios párrafos de un artículo publicado en ABC el 24 de agosto de 1983 escrito por Antonio Díez Martínez, **alumno** del Colegio Príncipe de Asturias, con motivo del cincuentenario de su muerte: Se titula “El Dr. Cortezo”. Tras relatar los logros de Cortezo en su actividad médico-sanitaria y política deja escrito: *“Queda, sin embargo, una última etapa densa y maravillosa: la de su gloriosa ancianidad, que muchos llamaron “la segunda juventud de Cortezo”. Poco antes de cumplir los setenta años, casi ciego, pero conservando todas sus facultades físicas e intelectuales consagra el resto de su vida a su obra más directa y con entrañable ilusión realizara: El Colegio para huérfanos de médicos...”* Tras exponer detalles sobre su fundación prosigue: *“Todas las mañanas visitaba aquel local de la Guindalera, charlaba y reía con los colegiales, les aconsejaba paternalmente, corregía benévolamente sus defectos, interesándose por todos los aspectos de la institución. Asistía a las “conferencias de los jueves” llevando a destacadas personalidades que intervenían en ellas: D. Amalio Gimeno, el conde de Navas, los hermanos Álvarez Quintero, D. Luis Martínez Kleiser y tantos más, amigos todos de Cortezo. Los alumnos recitábamos poesías, leíamos incipientes trabajos elaborados en la clase de historia o literatura, representábamos obritas teatrales (...) Llamábamos a D. Carlos “el abuelo” porque así nos lo pedía (...) en aquellas conferencias nos premiaba con “carabas” - monedas de cupro-niquel que llevaban grabadas las tres carabelas colombinas- en los concursos deportivos o literarios. (...) Muchas tardes íbamos a casa de Cortezo a suplir con nuestros ojos despiertos los suyos apagados: agotaba a veces tres o cuatro “lectores” en su insaciable afán de escuchar las preferidas páginas de los autores clásicos que tan bien conocía. Aprendió a leer con el sistema “Braille” para poder saborear su placer favorito mientras descansaba en la cama.”*

Antes de finalizar este bello artículo, el autor, expone una corta reflexión escrita por D. Gregorio Marañón tras visitar a Cortezo en su domicilio que finaliza así: *“A la altura de la*

vida en que el alma de los hombres, ya sin curiosidades, empieza a repliegarse sobre sí misma, D. Carlos, lleno del ansia de saber más, para no gastar el caudal disminuido de sus ojos, aprendía a leer con los dedos. Y en aquel momento leía, no podría ser otra cosa, el Quijote “.

Cajal, consideró a Cortezo como “apóstol entusiasta y fervoroso de todas las iniciativas encaminadas a honrar a los hombres de ciencia y abnegación, en particular, a los surgidos en la ilustrada clase médica”.

Cortezo murió, en su domicilio familiar de la calle Serrano nº 58 el día 24 de agosto de 1933 a los ochenta y tres años. Su buen amigo, también académico, el Dr. Huertas estaba considerado como su médico de cabecera. “El Siglo Médico” le dedicó un número especial con múltiples colaboraciones de amigos y compañeros. La Real Academia de Medicina realizó sesión necrológica el 23 de septiembre.

Su compañero y amigo D. Amalio Gimeno Cabañas (ABC : 25-8-1933) dijo sobre Cortezo : “*En lenta eutanasia terminó sus días. Lenta, sí, porque tan grande era su alma que le costó tiempo y trabajo encontrar salida para desprenderse de su cuerpo*”.

Carlos Cremades Marco

ANOTACIONES:

He destacado en “letra negrita” algún párrafo de los libros y documentos periodísticos reseñados.

Para la redacción de este trabajo, aparte de los datos de hemeroteca cuya referencia y autor queda anotado en el texto, he utilizado:

ALVÁREZ – SIERRA J.: “Doctor Cortezo”. Editora Nacional. 1945. (El prólogo de este libro realizado por su hijo Javier Cortezo Collantes).

CARLOS MARÍA CORTEZO; “Paseos de un Solitario”. Ruiz Hermanos Editores. Madrid. 1923.

GREGORIO MARAÑÓN “Enciclopedismo y humanismo “Prólogo al libro “Historia de la Tuberculosis” de J. y A. Oriol Anguera. En Obras completas (Textos recopilados por Alfredo Juderías). Tomo I: Prólogos. Pag. 223. Ed. Espasa Calpe S.A. Madrid. 1968.

FRANCOS RODRÍGUEZ José. Artículos publicados en “Mundo Gráfico” (10-2-1915) y en “Heraldo de Madrid” (21-5-1920).

MATILLA Valentín. “Galería de Presidentes de la Real Academia de Medicina”. Ediciones del Instituto de España. Madrid 1982. De esta publicación he obtenido parte de la información reseñada en el último apartado de este escrito.

La reflexión de Cajal sobre Cortezo: en ABC (24-4-1926).

La imagen del Dr. Cortezo que se acompaña ha sido obtenida del libro “Historia de la Sanidad Española” (1900-1925) de Carlos Rico-Avello (1969). En pag. 35.

El Liceo Piquer fue fundado en 1857 por el escultor de la Corte José Piquer Duart (Valencia 1803-Madrid 1871). De familia de escultores (su padre era director de la Academia de Bellas de Valencia). Se trasladó a Madrid y llegó a ser escultor de la Corte y director de escultura de la Academia de Bellas Artes de San Fernando. Una de las muchas obras que realizó fue la estatua de la reina Isabel II, ubicada actualmente en la plaza de este nombre. Gran aficionado, así como su mujer, a las Bellas Artes y el teatro. Estableció en su domicilio de calle Leganitos un

pequeño teatro que destacaba por su artística decoración (edificio, cuadros, escenario, telones, etc.). En aquella época del siglo XIX hubieron varios de estos “teatros” emplazados en Palacios, como los de Eugenia de Montijo (en la actual Plaza de Santa Ana- esquina a plaza del Ángel y en sus posesiones de Carabanchel Alto), los duques de Medinaceli (actual Hotel Palace) y otros. Se representaban obras de autores y compañías teatrales reconocidas. Concretamente, al Liceo Piquer acudía todo el mundo de la farándula y Bellas Artes. José Piquer fue célebre en las instituciones benéfico-sociales madrileñas y legó gran parte de su fortuna a las Academias de la Lengua y de San Fernando que concedían premios anuales a obras dramáticas, de escultura y pintura. (ver : “Los teatros en las casas particulares en el siglo XIX” por Ana Mª Freire. Publicación del Instituto de Estudios Madrileños. Madrid 1996).